

49. Viajes desastrosos y otras aventuras

De episodios como este que estamos a punto de narrar, acontecieron muchos durante el período de la vida apostólica de Gaspar y de sus primeros compañeros. Esto se desprende de las notas que, aquí y allá dejan los biógrafos de Santo y los historiadores de los primeros años de la Congregación. Se trata de hechos tristes o hilarantes, humildes o exaltantes, dolorosos o llenos de alegría. Para su floración se proporcionaban vastos campos de acción, localidades heterogéneas, la sencillez de muchas poblaciones y muchas ciudadelas dejadas afuera del consorcio humano, las particulares condiciones de las carreteras y de los medios de comunicación, el gran celo de los nuevos misioneros y la variedad de sus personalidades. Pertenecen a la vida de cualquier conjunto; tanto más a una comunidad reunida para cultivar la viña del Señor. Hemos elegido este entre otros, porque don Amilcare Rey nos lo cuenta en sus más mínimos detalles.

Es protagonista del relato un cierto don Ferretti. Todo el mundo lo llamaba así, pero su nombre completo era don Giuseppe Ferretti. Nadie lo había jamás recordado. Citando su caso, queremos dar testimonio y homenaje a muchos santos y humildes discípulos de Gaspar, sacerdotes y hermanos legos, que, como don Ferretti, en el silencio, en la obediencia, en la abnegación y en el sufrimiento consagraron totalmente su vida a las almas y al desarrollo de la nueva Congregación titulada a la Divina Sangre de Cristo.

Gaspar habría tenido que ir de Pontecorvo a Vallecorsa para una predicación, pero llamado urgentemente a la cabecera de don Innocenzo Betti, que se encontraba agonizante en Benevento, delegó en su lugar a don Ferretti. Este, por su parte, miedoso por naturaleza, no estaba de acuerdo con recorrer esa ruta solo, tanto por la angostura, cuanto por causada de los bandidos, pero también porque, sinceramente humilde, no se sentía a la altura de sustituir a un orador y a un santo como lo era del Búfalo.

Gaspar insistió: - *Obedezca a la Voluntad del Señor y todo saldrá bien. Esté seguro y yo le esteraré siempre cerca, paso tras paso, con la oración.*

Y don Ferretti obedeció, y "la misma mañana en que partía Gaspar rumbo a Benevento, él salió de Pontecorvo, y se dirigió a pie hacia Frosinone. Al llegar al puente

fronterizo sobre el río Melfa, vio que la inundación lo había roto. Para vadearlo convenía hacerlo corriendo grave peligro de perder la vida o confiar en robustos hombros de algún montañero".

"Para contratar los hombros de algún campesino voluntarioso, habría tenido que poner mano en el bolsillo, que no tenía en su interior ni un solo centavo de *paolo*, ya que no previendo el caso y apurado en volver pronto a Frosinone, no se había atrevido a pedir dinero a Gaspar. Pero haciéndose coraje, llamó a uno de los agricultores que se encontraba cerca, rogándole amablemente de ayudarlo a pasar a la otra orilla. Don Ferretti se quedó sorprendido, cuando vio que el hombre no sólo estaba bien dispuesto, sino también pidió ser confesado, asegurando ser un gran pecador. Lo había reconocido como un misionero".

Cargándole sobre sus hombros, entonces empezó a moverse dentro el agua del río crecido, y de repente, por el esfuerzo que iba haciendo, se quejaba con el misionero, diciéndole: - *¡Oh! ¡Cuánto pesa usted!*

Don Ferretti trató de animarlo, pero cuando éste se encontró en el lugar más profundo, a punto de que el agua ya había superado las caderas, pensando ya no poder soportar la fatiga gritó - *¡No puedo más soportarlo!*

El pobre Misionero, aterrorizado, temiendo que se tratase de una venganza del demonio, volvió su pensamiento a la Virgen, ofreció al Eterno Padre la Sangre Preciosa, y con buenas palabras alentó al pobre desanimado, que como Dios quiso, logró llegar finalmente a la otra orilla.

"Sacada del bolsillo la única moneda que tenía, don Ferretti se la entregó, y el campesino se complació y agradecido añadió: - *Quiero confesarme* -. El misionero hubiera asentido con mucho gusto, pero no sabiendo en que diócesis se encontraba e inseguro si tenía o no la facultad de hacerlo, tuvo que rechazar la solicitud con suma tristeza, pero sin omitir la bendición. Pero el campesino, no conociendo nada de derecho canónico y de facultades, tan torpe que era, no se quedó convencido, de hecho creyó estar de frente de un sacerdote malagradecido y se alejó quejándose".

"Al quedarse solo, el Ferretti retomó a un buen ritmo el camino, pero llegado a orilla de un afluente del río Melfa, se encontró también allí con el puente roto. La suerte quiso que se encontrasen allí unos trabajadores quienes, hecho un puente con lo que

tenían a disposición, lo dejaron pasar. Y comenzaron las tristes notas. El maestro de obras, que había sido el primero en esforzarse para construir la pasarela, exigió la recompensa de su trabajo y don Ferretti había dado la única moneda que poseía al campesino. ¿Qué hacer? Piensa y vuelve a pensar, y se acordó de tener encima de los zapatos hebillas de plata. Quitándose una la dio en empeño al albañil quién se quedó descontento".

"Una vez en Ceprano, tenía la esperanza de encontrarse con alguien conocido. En vano esperó en la plaza. ¡Sin contar que los estímulos del hambre se hacían insistentes! Vergonzoso de mostrar su miserable estado, viendo un hermoso palacio y atrevido por la necesidad, entró por el portón y subido al primer piso, golpeó a una puerta. Llegó a atender la Noble Mujer Ferrari, a la que pertenecía el aristocrático edificio. A ella, en pocas palabras, el sacerdote contó la poco agradable aventura, pidiéndole un bocado. Dado que la mesa estaba puesta y abundante, fue recibido de buen agrado y hecho sentar en un asiento distinto, ¡porque la suya no era por cierto la cara de un estafador!".

"Después de haber continuado de relatar su desventura en los mínimos detalles, don Ferretti también pidió a la Señora que le hiciera la caridad de un centavo de *paolo*, con el fin de pagar al albañil con que había dejado en empeño la hebilla de plata, además de darle un caballo, habiendo llegado la tarde para poder proseguir el camino por lugares infestados de bandidos. La Noble Mujer no sólo le dio el *paolo*, sino también el caballo y un guía".

"Despidiéndose con abundantes y efusivos agradecimientos, el misionero, sentado en la montura, emprendió el viaje. Sin embargo, el corcel, que durante el día había trabajado duro, por más que fuera estimulado con las espuelas, avanzaba muy lentamente, por lo que don Ferretti tuvo que resignarse y abandonar el caballo y continuar el viaje a pie, recitando oraciones a las que el piadoso campesino guía respondía. Llegaron sanos y salvos a la casa de Frosinone a medianoche. Los misioneros, despertados por los inusuales golpes, de prisa acudieron a la puerta para acoger con alegría fraterna al desaventurado compañero".

"El día después don Ferretti llegó a Vallecorsa. Durante el triduo de predicación, la multitud de penitentes fue tal que necesitó pedir ayuda a los Franciscanos del local Convento".

"Terminado el ministerio tomó camino de regreso a Roma. Montado sobre un buen caballo y seguido por un valiente campesino de aquella tierra, caminó entre rocas y matorrales. Al darse cuenta este, que el misionero tenía miedo a los bandidos y que, a cualquier susurro de hojas, se doblaba encima de los crines del caballo, le dijo: - *No tenga miedo. Usted ha confesado a los parientes y esposas de nuestros descarriados compatriotas, ¿Y sigue teniendo miedo? Cuando habrá peligro de encontrarlos, yo le avisaré y usted cantará. Tiene una buena voz y sabe que a los bandidos le gusta escuchar las bellas canciones entonadas por los misioneros*".

"De hecho, cuando el campesino percibía la presencia de los delincuentes, o llegaban en lugares sospechosos, daba la orden: - *¡Cante ahora!*

Y don Ferretti, con una voz que podría revelarse completamente por el tiritón, debido al razonable miedo, ¡entonaba una linda canción en honor de la Virgen! Así, entre cantos y meditaciones llegó en Frosinone".

El buen Misionero incluso en la vejez, contaba la aventura y aseguraba con firmeza: *"Sentía siempre a Gaspar a mi lado y era suficiente pensar en él para sentirme aliviado. ¡Pero... Pero... volviendo a pensar al campesino que me acompañó desde Vallecorsa a Frosinone, cuanto más lo miraba, más recibía la impresión de que fuera o había sido él mismo, un bandido convertido por el Siervo de Dios!"*.

* * *

Del 17 al 21 de diciembre de 1827 Gaspar dio una Misión en Valcareggia, de la cual el alcalde Baldassarre Rogai así escribe: *"En aquella temporada invernal, tan rígida, el canónigo del Búfalo, después de los dos grandes sermones nocturnos, en la iglesia, en una hora muy tarde, sin preocuparse ni de la nieve ni del hielo, ni del viento frío, salía a las calles para invitar en voz alta a las personas a participar a los sermones, y a los pecadores a volver a Dios. Cuando se encontraba delante corazones duros como piedras, allí, a cielo abierto, ponía mano a flagelo y disciplina, su compañera inseparable"*.

Ahora invitamos al lector, para hacerse una cierta idea de heroísmo del Santo, a seguirlo en uno de esos desastrosos viajes, en los que, incluso los que lo acompañaban, se veía obligado a hacerse el héroe, aunque no tuviera los números.

El obispo de Ariano Irpino le había pedido insistentemente tener una misión a partir del día de la Epifanía en adelante. Gaspar con algunos compañeros partió desde San Felice después de Navidad de ese mismo 1827. Lo seguimos en el mapa, haciendo un recorrido rápido: ¡San Felice, Spoleto, Rieti, Antrodoco, L'Aquila, Sulmona, Castel di Sangro, Isernia, Venafro, Capua, Avellino, Ariano Irpino! Por aquellos días era la ruta más breve, ¡pero tal vez no la más cómoda! Basta con observar la continua sucesión de montañas nevadas e irregulares; valles atravesados por ríos y arroyos peligrosos a atravesar, ¡sirviéndose de los medios de transporte más precarios! ¡Una verdadera gran y increíble aventura!

No podemos referir las miles de vicisitudes; pero brevemente, al menos algunas notas, que serán suficientes para darnos una idea más o menos exacta de lo ocurrido.

En Sulmona, donde el Santo ya había estado, enterada de su paso, la óptima población salió a su encuentro para refrescar a los padres con alimentos calientes; fueron dados como regalo también los famosos dulces *confetti*, pero Gaspar como de costumbre, después de haber probado un par, para no ofender a los donantes, los hizo distribuir a los pobres.

En Castel di Sangro, a la furia de la tormenta, el carruaje, impulsado por un viento furioso, se volcó y quedó casi completamente enterrado bajo la nieve, tanto que tuvieron que caminar a pie unas millas por las montañas. Después de la medianoche, finalmente vieron un convento, donde pidieron hospitalidad, pero tuvieron que conformarse con pasar la noche en el suelo desnudo, envueltos en una manta. Isernia había sido remecida, en aquellos días, por un catastrófico terremoto - como hemos visto, ¡durante siglos esas pobres personas repetidamente han sido atormentadas! - Y el Santo con los demás misioneros, en vez de pedir hospitalidad y descanso, se dedicaron a ayudar durante dos días, como pudieron, a las pobres víctimas del terremoto.

Atravesando por densos bosques y profundos barrancos, peligrosos no sólo por la angostura y la nieve, sino también por los lobos y aún más por los feroces delincuentes que los infestaban, llegaron a Venafro, donde al fin tuvieron la alegría "de ser recibidos con gran fiesta por los Padres Capuchinos, que les dieron hospitalidad y mucho amor".

Ariano está muy arriba en las alturas, y para llegar a ese pueblo se vieron obligados a hacer un camino cuesta arriba, "por un largo camino, a ratos congelado y a ratos con

barro debido a la nieve y a una llovizna obstinada, resbalando y cayendo". Habiendo recibido la noticia de la llegada de los misioneros, el obispo, el clero y el pueblo salieron a su encuentro y se encontraron en frente de curas irreconocibles, empapados y sucios, con el rostro visiblemente marcado por el cansancio, ¡ ya al borde de derrumbarse! "A Gaspar, exhaustos y empapado, le volvió todo el vigor de sus fuerzas y, como si nada, subió al escenario, inflamó y enfervoreció a la audiencia con un magnífico sermón sobre el perfecto regocijo, que inunda el corazón del hombre cuando sufre todo por el Señor".

"El Señor intervenía con frecuencia, incluso con los milagros, para proteger la preciosa vida de su siervo, ahora afirmándolo al borde de un precipicio, donde el caballo deslizándose lo había hecho caer, ahora haciéndolo permanecer ileso por el volcamiento del carruaje, que lo había hecho caer en el barro y en la nieve, ahora mojado por caer en zanjas y arroyos".

Al pasar de Offida a Montalto, a pesar de que el arroyo se había ensanchado hasta arrastrar tierra, rocas y árboles, ya que el caballo se empinaba y rehusaba a cruzarlo, bajó y, entre los asombros de los presentes, se subió la sotana y " lo vadeó a pie, pareciendo a todos que caminase sobre las aguas".

Al ir a de Cerreto a Colleamato el caballo "deslizó con las patas traseras, y precipitó con el Santo en una zanja profunda; pero él, invocada la ayuda de Arriba, no recibió ningún daño".

En Camerano uno de los carruajes en donde viajaban los miembros de la misión, cayó en un precipicio. Los misioneros, entre ellos Gaspar, que seguían inmediatamente dentro del otro carruaje, vieron que "mientras que el otro carruaje precipitaba él levantando los ojos al cielo trazó un signo de bendición". Bajaron del carruaje, seguidos por algunos campesinos que habían sido testigos de la terrible tragedia, y cual no fue su gran sorpresa al constatar que ni personas, ni caballos, ni el carruaje habían reportado daños.

Desde Casamari a Sora, en las fronteras del Reino de Nápoles, Gaspar encontró los soldados del Ejército Real, que, a pesar de su rechazo, quisieron escoltarlo. El caballo en el que viajaba el Santo, de repente "se empinó y rodó, arrastrándolo largamente con el pie atrapado en el estribo". Los hombres llegaron corriendo asustados creyendo que Gaspar se había, por lo menos, roto una pierna; constataron en cambio con gran alegría

que no había recibido ni un rasguño. Al subir a Penne en Abruzzo, siendo el camino incomodo y muy empinada, Gaspar y los suyos prefirieron subirla a pie. Entonces "Estimulado por el cochero, subieron al coche, el cual, sin embargo, poco después, comenzó a doblarse. Gritaron al cochero para que se detuviera, pero como era él bastante sordo, pensó que podría azotar a los caballos para que anduvieran rápidamente. De consecuencia el coche volcó, quedando milagrosamente con dos ruedas en el borde del precipicio y dos suspendidas en el vacío, quedando así hasta que llegasen los socorros. El Canónigo, que estaba en ella, continuó imperturbable en la oración, como solía hacerlo durante los viajes, como si nada hubiera sucedido".

Es muy hermoso el siguiente episodio que se produjo entre Anagni y Acuto, que es relatado por el Valentini. Este, en pleno invierno, había acompañado a Gaspar en Anagni, donde deseaba abrir una nueva casa de Misión. "El Obispo, mal informado sobre la persona de Gaspar y de su Congregación, no lo recibió muy a gusto y el secretario del obispo también llegó a decir: *"¿Las misiones? Formas de predicar muy anticuadas. Me pregunto cómo el Papa todavía las permita"*.

Cuando Gaspar escuchó aquella ofensa al Papa, ¡le respondió a tono al secretario! Los dos misioneros partieron de Anagni, con el corazón herido, pero contentos de haber sufrido aquel enfrentamiento por el amor de Dios, y se aventuraron cabalgando sobre dos monturas, por una tormenta de nieve, entre las montañas hacia Acuto, ¡sin ni siquiera conocer el camino! "¡durante el viaje ni una huella de animal u hombre! Silencio absoluto en la absoluta blancura!". Gaspar recordándose de aquel viaje, espacio a imágenes fantásticas y poéticas, de cómo estaba hecho el paisaje, y decía: *"Viajábamos en medio de aquella cándida nieve, semejante a un mantel tendido sobre un inmenso Altar"*.